

## La expatriación como condena: Una lectura existencial de “Del país de la pena” por Hanni Ossott

Humberto González Núñez\*

Recibido: 19 de julio de 2018 / Aceptado: 8 de octubre de 2018

“*Aprende tú a pensar con dolor*”.  
Maurice Blanchot, *La escritura del desastre*<sup>1</sup>.

“El exiliado deplora las patrias”.  
Rafael Cadenas, “Una Isla”<sup>2</sup>.

“Es el dolor  
la que nos constriñe  
y nos vuelca a la elusión  
el hambre y la sed  
la pasión nunca respondida”.  
Hanni Ossott, *Obras completas*<sup>3</sup>.

**Resumen.** El propósito del presente ensayo es desarrollar una lectura existencial del poema “Del país de la pena” escrita por la poeta venezolana Hanni Ossott con el fin de pensar el término “expatriación” como concepto filosófico. Luego de una introducción histórica que busca situar el poema de Ossott al filo de una tradición poética que busca recuperar la sensación de extranjería frente a lo propiamente nacional, éste ensayo se propone trazar los horizontes metodológicos de la interpretación del poema a través de una lectura del ensayo “Paysage avec dépaysement” [Paisaje en desorientación] escrito por el filósofo francés Jean-Luc Nancy. La lectura del ensayo de Nancy posibilitará la lectura existencial del poema de Ossott con la que el presente ensayo buscará demostrar la riqueza filosófica de este poema y la manera en que tematiza la expatriación. A modo de conclusión, se sugerirá que la expatriación puede entenderse como una condena pero no necesariamente de modo negativo sino a través de una valencia positiva que éste término puede tener para la conceptualización contemporánea sobre América Latina.

**Palabras clave:** Expatriación; nacionalismo; Jean-Luc Nancy; deconstrucción; Hanni Ossott; Venezuela; exapropiación; analítica existencial; patriotismo.

\* Villanova University  
hgonzal2@villanova.edu

<sup>1</sup> M. Blanchot, *La escritura del desastre*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1987, p. 124.

<sup>2</sup> R. Cadenas, *Obra Entera: Poesía y prosa (1958-1995)*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 59. [Abreviación: OE].

<sup>3</sup> H. Ossott, *Obras completas*, Caracas, Bid & Co. Editor, 2008, p. 325 [Abreviación: OC].

## [en] Expatriation as a Sentence: An Existential Reading of “Del país de la pena” by Hanni Ossott

**Abstract.** The purpose of this paper is to develop an existential reading of the poem “Del país de la pena” written by the Venezuelan poet Hanni Ossott with the aim of thinking the term “expatriation” as a philosophical concept. Following a historical introduction that seeks to situate Ossott’s poem within a poetic tradition that tries to recuperate the feeling of strangeness in the face of the properly national, this essay attempts to trace the interpretative and methodological horizons of the poem through a reading of the essay “Paysage avec dépaysement” [Uncanny Landscapes] written by the French philosopher Jean-Luc Nancy. The reading of Nancy’s essay will facilitate the existential reading of Ossott’s poem with which the present essay will seek to demonstrate the philosophical richness of this poem and the way in which it thematizes expatriation. By way of conclusion, it will be suggested that expatriation can be understood as a sentence, but not necessarily in a negative manner; rather, it can be thought through a positive valence that can aid in the contemporary conceptualization about Latin America.

**Keywords:** Expatriation; Nationalism; Jean-Luc Nancy; Deconstruction; Hanni Ossott; Venezuela; Exappropriation; Existential Analytic; Patriotism.

**Sumario:** 1. Introducción histórica y polémica interpretativa. 2. Hacia una analítica existencial de la expatriación – Jean-Luc Nancy. 3. Una lectura existencial de “Del país de la pena” de Hanni Ossott. 4. Conclusión: Hacia un posible país de los expatriados por venir.

**Cómo citar:** González Núñez, H. (2018). La expatriación como condena: Una lectura existencial de “Del país de la pena” por Hanni Ossott, en *Res publica* 21.3, 529-544.

### 1. Introducción histórica y polémica interpretativa

Si hacemos un recorrido por la historia reciente de la literatura latinoamericana, nos encontraríamos con el hecho de que ha sido profundamente afectada por la experiencia del exilio. El sur del continente americano había sido abatido por una serie de dictaduras de talante autoritario y represivo que tuvo como consecuencia la emigración forzada y masiva de toda una generación de escritores, artistas y pensadores que buscaban cualquier tipo de refugio frente a éstos regímenes. Aunque la experiencia de la alienación y el destierro acompañaría a estos artistas durante toda su vida, no cabe duda de que sus intentos artísticos y poéticos por articular esa sensación de abandono y soledad fueron de los intentos más punzantes en toda la historia de la literatura del mundo Occidental. El dolor acompañaba cada nota, verso, estrofa o página de estos artistas y aquellos que lo leían desde una soledad compartida no podían sino sentirse gravemente afectados por lo que habían escritos los suramericanos expatriados del siglo XX. Aunque la curiosidad académica de los historiadores o críticos literarios se ha limitado en gran parte a las literaturas que terminaron formando parte de lo que pudiéramos llamar el “gran canon literario” del siglo XX en América Latina, mi interés en el presente ensayo será en una de esas tierras suramericanas en donde la producción literaria no terminó teniendo tanta influencia a nivel regional o internacional—la literatura venezolana.

Desde el punto de vista histórico, me quiero enfocar en un momento preciso de la historia contemporánea de Venezuela que tuvo grandes repercusiones para la producción artística en Venezuela —la época de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez—. En particular, debido a nuestro interés particular en la poesía, nos estamos refiriendo

a la composición de uno de los poemarios más importantes en la historia de la literatura venezolana –“Los cuadernos del destierro” de Rafael Cadenas–. La irrupción del poema de Cadenas en el ámbito de la literatura venezolana marcó un hito sin precedentes (con la excepción de quizás otro de los gran poetas venezolanos, José Antonio Ramos Sucre). Mientras que los grandes poemas épicos de la historia de la poesía venezolana se habían limitado a describir la patria venezolana como aquella tierra edénica llena de posibilidades infinitas<sup>4</sup>, el decir poético de Cadenas buscaba indagar, a nivel existencial o metafísico, la sensación de que ese sueño anhelado de Venezuela como paraíso terrenal había *fracasado*. En otras palabras, Cadenas buscaba articular la soledad y desesperación profunda por la que atravesaban aquellos que se encontraban exiliados por el gobierno de Pérez Jiménez. Como bien mencionaba, y como reafirma el crítico literario Gustavo Guerrero en su brillante estudio sobre la poesía venezolana, toda la producción poética en Venezuela durante esa época comparte “un mismo telón de fondo y se reconocen en su soledad. Lo que les da un basamento –lo que constituye su condición de posibilidad– es la conciencia de un estado de privación: la ausencia de horizontes”<sup>5</sup>.

Aunque han pasado varias décadas desde “Los cuadernos del destierro” de Cadenas, podemos notar un momento de crisis en la Venezuela actual a nivel económico, político y social que no ha parece ser sino una especie de resonancia o réplica de la crisis que se vivió durante la dictadura de Pérez Jiménez. Es como si se ha vuelto a abrir la herida previa del trauma represivo que nos había infligido los tiempos de dictadura. En otras palabras, el momento de crisis que vivimos en la actualidad sirve como ocasión de recordar esta herencia histórica que ha marcado de forma profunda nuestro lenguaje y entender. No nos parece simple casualidad el comentario que Guerrero hace en su estudio de la poesía venezolana:

Dudo que, en otra tradición poética de nuestra lengua, la palabra *intemperie* –y sus sinónimos y afines– esté tan presente. La poesía venezolana del siglo XX la ha hecho suya críticamente, como un signo de su condición histórica, y ha aprendido a compartirla con los otros, en un plano existencial y metafísico, reconociéndose en esa alteridad y haciéndose, a su vez, reconocer<sup>6</sup>.

La experiencia histórica y lingüística del venezolano está atravesado por una expatriación perpetua que nos expone de manera constante a la intemperie. No cabe duda de que la poesía venezolana, en ciertos autores y poemas excepcionales en todo el sentido de la palabra, ha sabido articular este dolor profundamente existencial y metafísico que se vive en la experiencia de la expatriación y del exilio.

Con la intención de ofrecer una nueva conceptualización para Latinoamérica en tiempos de cambio, el presente ensayo busca indagar en lo que algunos han llamado la “crisis del concepto mismo de la representatividad” frente al sinnúmero de fantasmas nacionalistas y fundamentalistas que hoy en día gozan un privilegio en

---

<sup>4</sup> Estamos pensando específicamente en lo que podríamos considerar como los dos grandes poemas épicos de la poesía venezolana –“Silva a la agricultura de la Zona Tórrida” de Andrés Bello y “Mi padre, el inmigrante” de Vicente Gerbasi–. Para mayor información del contexto histórico-literario de estos poemas y su importancia en el canon literario venezolano, cf. J. Liscano, *Panorama de la literatura venezolana actual*, Caracas, Alfadil Ediciones, S. A., 1984, pp. 21-2 y 227.

<sup>5</sup> G. Guerrero, *La religión del vacío y otros ensayos*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 106-7.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 120.

la conceptualización de América Latina. Para tratar de revindicar lo que Guerrero ha llamado la *extranjeridad*<sup>7</sup>, queremos darle mayores matices conceptuales a la palabra “expatriación”. Nuestra convicción es que la palabra “expatriación” logra traducir una serie de problemáticas teóricas que provienen principalmente de la filosofía francesa contemporánea<sup>8</sup> y que buscan problematizar lo que podríamos llamar “las políticas del lugar”<sup>9</sup>, es decir, la relación de pertenencia o inclusión/exclusión que uno sostiene con los sitios que están íntimamente ligados a nuestra existencia. De tal manera, nuestro uso específico del término “expatriación” busca injertarse en la discusión teórica sobre lo propio, lo soberano, lo autóctono y lo nacional con el fin de proveer herramientas conceptuales para enfrentarse con la difícil tarea de ubicarnos en el marco socio-histórico de crisis y desplazamiento por el cual Latinoamérica y, en especial, Venezuela se encuentra hoy en día. Con el uso estratégico de la palabra “patria” (ya sea en contextos políticos, militares, poéticos, entre otros) se ha promovido una serie de exclusiones violentas que ha terminado por perjudicar la existencia en carne viva de seres humanos quienes han sido desgarrados completamente de su sentido de pertenencia y comunidad. A pesar de los bienintencionados y sus intentos por expandir la noción “patria” de manera inclusiva hasta más no poder, seguimos cara a cara con una serie de injusticias frente las cuales hay que buscar la forma de denunciar. La experiencia concreta del “expatriado” señala un grito desesperado de protesta frente a la lógica inquisitoria de aquellos que usan la “patria” como mecanismo de exclusión. El intento por el “expatriado” de recuperar un sentido de residencia es tanto un acto político como un reclamo que va más allá de lo político<sup>10</sup>.

Nuestra perplejidad frente a la palabra “patria” tiene que ver, en parte, con el hecho de que hemos usado tal palabra para referirnos tanto a una realidad geográfica, histórica, social, política, entre otras cosas. Es decir, la claridad conceptual de la palabra “patria” ha quedado seriamente en duda a través de su uso concreto. Tanto

<sup>7</sup> Guerrero usa la palabra “extranjeridad” en una conversación con Antonio López Ortega. De hecho, “extranjeridad” es una traducción o articulación bastante acertada de la experiencia que intentamos de poner en relieve en este ensayo –la expatriación. Comparto la precisión de Guerrero cuando escribe: “Ser extraño a todo, ser ajeno a todo. Al fin y al cabo es ingenuo pensar que aprehendemos la realidad con fe positivista. Vivir la vida con la sensación permanente de cuán extraña puede ser, de cuán misteriosa e inasible es, nos coloca de entrada en una posición forzosamente más creativa, más literaria de por sí”, (*La religión del vacío*, p. 167).

<sup>8</sup> Tenemos en mente principalmente una serie de palabras intraducibles –*dépaysement* [desorientación], *dépaysement* [desajustamiento] y *exappropriation*– que provienen de una serie de escritos por los filósofos Jean-Luc Nancy, Philippe Lacoue-Labarthe y Jacques Derrida, respectivamente. En el presente ensayo, sólo nos enfocaremos en Nancy y, de manera indirecta, Lacoue-Labarthe. Sin embargo, el pensamiento de la expropiación de Derrida es, sin lugar a dudas, el fondo teórico que sostiene nuestra propia lectura de Nancy y Lacoue-Labarthe.

<sup>9</sup> Con el término “políticas del lugar”, queremos subrayar de manera enfática la discusión contemporánea en relación a lo propio, lo soberano, lo autóctono y lo nacional que ha aparecido en diferentes contextos políticos, económicos y sociales en varios procesos políticos en América Latina.

<sup>10</sup> Con esta formulación, queremos también enfatizar que la noción del “expatriado” y la “expatriación” –entendidos al nivel teórico y conceptual al que queremos elevarlos– está íntimamente ligado e influenciado por lo que llamaremos el “discurso infrapolítico”. De hecho, el “expatriado” puede ser entendido como una figura infrapolítica entre muchas otras. Y la “expatriación” puede ser entendida quizás como una de las experiencias fundamentalmente infrapolíticas. Para mayor discusión sobre el “concepto” mismo de la infrapolítica, cf. Alberto Moreiras, “Infrapolítica –el proyecto”, *Papel máquina* 10, 2016, pp. 53-66, para la descripción más concisa. Sin embargo, hay una serie de dossiers que también tiene que ver con ciertas problemáticas afines al presente ensayo. En particular, cf. *Pensamiento al Margen. Revista Digital*, Número especial Infrapolítica y democracia, 2018.

así que podríamos preguntar de forma quizás un poco ingenua si acaso sabemos en verdad lo que queremos decir cuando pronunciamos la palabra “patria”. Nos hemos contentado de hablar de patrias, países o paisajes sin tomar en cuenta lo que está en juego. Mientras un gobierno oficial nos habla de la “Madre Patria” o la “Patria Grande”, “nosotros”, es decir, los apátridas, los sin-patria, vagamos en lo incierto, expuestos a la intemperie, en un exilio de la cual ni el cuerpo ni la mente están eximidas. Un exilio, pues, por el abuso de patria dado que la patria puede esconderse tan pronto se cree que la hemos encontrado definitivamente. A la patria le encanta esconderse. Y mientras algunos hablan de patria, otros hablamos de un río o una playa, una montaña o una colina, un riachuelo o un campo abierto<sup>11</sup>.

Aunque queremos movilizar el concepto de la “expatriación” más allá del contexto particular de Venezuela, nos enfocaremos en lo que podríamos llamar uno de los poemas épicos más importantes de la historia reciente de la literatura venezolana –“Del país de la pena” de Hanni Ossott. Este poema ofrece de manera clara y decisiva el intento por seguir poéticamente la experiencia del “expatriado”. El poema de Ossott nos expone al fracaso de todo tipo de reapropiación de esa “patria” que era “propia” al individuo. En el universo poético ossottiano, lo propio se desvanece en lo impropio. El ser humano debe enfrentarse con la oscuridad implacable de la noche del ser. El mundo inaugurado por el decir poético de Ossott es *trágico*, es decir, que cualquier posibilidad de reconciliación con esta sensación de olvido, abandono, destierro y desarraigo es, de cierto modo, imposible. Mientras que el decir trágico de la expatriación ossottiana pueda parecer demasiado gris, el presente ensayo está convencido de que es uno de los intentos más importantes de llegar a la profundidad dolorosa del expatriado.

Con el fin de demostrar la necesidad de pensar algo así como la expatriación o la extranjería, queremos instalarnos en una polémica con una compilación hecha por Luis Alberto Angulo y Luis Ernesto Gómez, *El corazón de Venezuela: Patria y poesía*. Toda compilación de poemas obedece una exigencia que la subtiende. En este caso, una aproximación a la explicación que nos ofrece Angulo al inicio del libro nos permite elucidar la razón detrás de la compilación: el libro quiere dejar registro de “la enorme atención que este tópico ha tenido y tiene en nuestros creadores<sup>12</sup>”. Aunque esta descripción básica del propósito del volumen no genera controversia alguna, habría que adentrarse aún más en las páginas preliminares de este volumen para lograr ver con mayor claridad su intención. Según nos informa en éstas páginas preliminares Stefania Mosca, “La palabra Patria ha sufrido el desgaste<sup>13</sup>”. Mosca identifica lo que nosotros mismos hemos identificados en nuestras palabras introductorias al presente estudio debido a que, desde luego, el ideario de la patria ha funcionado de la mano de gobiernos opresivos como una ficción para persecución y perpetuación de la dominación del otro. Sin embargo, en lo que tenemos que expresar nuestro desacuerdo con Mosca es precisamente en el intento de recuperar la noción de patria a través de una serie de declaraciones romántico-nostálgicas que demuestran el agotamiento de la noción de “patria”. Para Mosca, la situación de la

<sup>11</sup> Aquí tenemos en mente el poema magistral de Gabriela Mistral, “País de la ausencia” en Gabriela Mistral, *Poesía y prosa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993, pp. 152-3. El poema de Mistral sirve como uno de muchos poemas que comparte con los poemas de Cadenas y Ossott una “lógica de la expatriación”.

<sup>12</sup> L. A. Angulo y L. E. Gómez (eds.), *El corazón de Venezuela: Patria y poesía*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2009, p. 12.

<sup>13</sup> S. Mosca, “Patria y poesía,” en Angulo y Gómez, *El corazón de Venezuela*, p. 8.

patria puede ser descrita de la siguiente manera: “Hemos llegado a desconfiar de ella, llegamos casi a decepcionarnos y, sin embargo, ha renacido entre nosotros, los venezolanos del siglo XXI, la palabra patria hecha solidaridad y sentido<sup>14</sup>”. Mientras que para Angulo se trata de que, “Hay, es sabido, una noción de patria civil y otra militar; existe otra, además, que junta a las dos en una sola, y hay la de lo profundo e insondable, de la entraña de la tierra y del humano sentir, que es la de la poesía, tan indefinible e impalpable como la idea misma de patria<sup>15</sup>”.

Al hacer un repaso del prólogo introductorio y teórico que sostiene el proyecto de *El corazón de Venezuela*, podemos afirmar con contundencia que el proyecto fundamental del libro ha quedado extremadamente claro: se trata del intento de demostrar la reapropiación romántico-nostálgico de la noción de “patria” a través de una voluntad expresada tanto a nivel político como cultural de la revolución bolivariana y que ha convertido el término en una forma de esperanza mesiánica que es absoluta y constituye la esencia misma de nuestra identidad. De tal manera, Angulo y Gómez han hecho una recopilación de textos que en toda probabilidad buscan enmarcar el proyecto de la recuperación de la patria en diversos momentos de la historia venezolana. Por ende, vemos a escritos tales como Vicente Salías, el redactor del himno nacional “Gloria al bravo pueblo”, como también Andrés Bello, Andrés Eloy Blanco y otros más contemporáneos como Luis Alberto Crespo, entre otros. Sin embargo, aunque podríamos indicar una serie de inclusiones que no tienen lugar propio dentro del marco del proyecto fundamental de *El corazón de Venezuela*, creemos que la inclusión de Hanni Ossott es, en cierto modo, sintomático<sup>16</sup> de una poeta y un poema que se resisten a ser incluidos dentro del horizonte del texto por su estilo mismo de composición.

En su descripción superficial de los poemas incluidos en el texto, Angulo y Gómez ofrecen la siguiente descripción del poema de Ossott: “El hondo país de la pena y el dolor metafísico de Hanni Ossott<sup>17</sup>”. Lastimosamente, la descripción de Angulo y Gómez permanece a un nivel demasiado superficial –tanto así que uno se pudiera preguntar si los compiladores siquiera leyeron el poema en su totalidad–. En el presente estudio, intentaremos desarrollar esta profundidad metafísica a través de lo que el filósofo alemán Martin Heidegger llamó *analítica existencial* en su obra maestra, *El Ser y el Tiempo*. De tal modo, nuestra lectura existencial del poema de Ossott se ubica dentro del espacio abierto por Heidegger y recuperado por la filosofía francesa, en particular Jean-Luc Nancy. De hecho, Nancy es uno de los pocos filósofos franceses post-heideggerianos que recupera la frase “analítica existencial” en el contexto de su ensayo “Paysage avec dépaysement”, sobre el cual nos enfocaremos en lo que sigue del presente estudio. Antes de adentrarnos en nuestra lectura del poema de Ossott, me permitiré la libertad de un excursus metodológico que busca precisar el uso de la analítica existencial como método para poder demostrar lo que está en juego en la conceptualización de la expatriación.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>16</sup> Al usar la palabra “sintomático”, queremos enfatizar que usamos la palabra en su contexto estructuralista, es decir, el síntoma de Angulo y Gómez es el gesto de querer reducir y reapropiar el poema de Ossott a la lógica de su recuperación romántico-nostálgica de la “patria” sin ni siquiera considerar la resistencia que contrapone el poema mismo y la violencia del gesto de reapropiarlo.

<sup>17</sup> L. A. Angulo y L. E. Gómez, *op. cit.*, p. 16.

## 2. Hacia una analítica existencial de la expatriación – Jean-Luc Nancy

Para justificar mi uso del término “analítica existencial de la expatriación”, tengo que hacer un breve desvío teórico a la obra del filósofo francés Jean-Luc Nancy. Específicamente, me enfocaré en un ensayo suyo que contiene lo que llamaría las bases teóricas del presente ensayo, “Paysage avec dépaysement” [Paisaje en desorientación<sup>18</sup>]. A través de su ensayo, Nancy demostrará la relación que poseen las palabras *paysage* [paisaje], *paysan* [paisano/campesino] y *pays* [país]. Estos tres términos, según Nancy, forman una red de interrelación en las que pensar tan sólo *uno* de estas palabras implica pensar las otras. Y, claro está, desde el punto de vista etimológico, todas comparten la raíz derivada de país. En su análisis filosófico, Nancy observa que cada una de estas palabras implica un uso en particular. De tal modo, el uso de la palabra “paisaje” implica la representación de una escena pintoresca, la palabra “paisano/campesino” implica una profesión y “país” implica una ubicación. Aunque, como bien mencionamos, todas estas palabras son importantes para un análisis de lo que hemos llamado la lógica de la repatriación<sup>19</sup> (y, por ende, de la otra lógica de la expatriación), nos enfocaremos principalmente en las nociones de paisaje y país, especialmente debido a que éstas dos nociones indican una representación y ubicación.

¿Qué se expone en la representación de un paisaje? Ya podemos notar una tensión entre el paisaje y su representatividad debido a que no nos es tan claro lo que *es* un paisaje. Por el contrario, nos parece que la noción de “paisaje” se refiere a un espacio indefinido e incluso informe. En este contexto, sería casi imposible determinar con alguna precisión dónde comienza o termina un paisaje. Por ende, la manera en que el paisaje aparece frente a nosotros sólo puede ser descrito como algo simultáneamente confusa e inmediata que también se encuentra tanto cerca como lejos de nosotros. El paisaje es algo cercano en el sentido de la inmediatez con el que puedo estar frente a ella. La inmediatez con la que aparece un paisaje ante mí está entre las cosas más familiares de este mundo. Ahora, esto no significa que el paisaje que aparece frente a mí aparece de forma exhaustiva. De hecho, en el caso del paisaje, es todo lo contrario. El paisaje sólo aparece en cuanto horizonte y el horizonte es tanto la posibilidad de mi percepción del paisaje como la *imposibilidad* de una percepción exhaustiva del paisaje en su aparecer. Todo aparecer del paisaje implica esta doble tensión [*double bind*] entre su perceptibilidad e imperceptibilidad. Como dice Nancy, “El paisaje

<sup>18</sup> Como podemos bien notar, el juego de palabras se pierde en la traducción del francés al español pues la palabra “paysage” [paisaje] y “dépaysement” [desorientación] comparten la misma raíz de “pays” [país]. A través de la totalidad del ensayo, Nancy jugará con la interrelación entre estos dos términos con el fin de sugerir una complicada relación entre el arraigo y desarraigo que tiene una fuerte conexión con el propósito de nuestro ensayo (Todas las traducciones del francés son propias).

<sup>19</sup> Nuestro uso de la frase “lógica de la repatriación” es una manera de polemizar aún más con la compilación de Angulo y Gómez. Si nuestro enfoque se centra en lo que hemos llamado la lógica de la expatriación, entonces lo que hemos denominado la lógica de la *repatriación* es el intento por disimular la prioridad conceptual de la expatriación. En otras palabras, la expatriación siempre viene antes de la repatriación. Como bien indica los prefijos *ex-* y *re-*, el momento de la expatriación es aquello que nos acontece y nos saca fuera de sí, es decir, fuera de la comodidad de lo familiar, mientras que la repatriación busca cerrar la herida creada por el movimiento violento de la expatriación. No queremos decir que sólo vivimos en la expatriación pues la verdad es que encontramos residencia temporal en esos espacios, paisajes y sitios a los que nos hemos podido acomodar. Sin embargo, la repatriación busca reunir a los individuos a través de una lógica que totalmente ignora la extrañeza o extranjería que permea todos los espacios supuestamente autóctonos o propios. Reconocer esa diferencia crucial entre la expatriación y repatriación es el primer paso (*decisivo*) para empezar a transformar la relación que uno posee con la patria, como veremos en la conclusión del presente ensayo.

comienza con una noción, no importa cuán confusa, de distanciamiento [éloignement] y de pérdida de vista [*une perte de vue*], tanto para el ojo físico como el de la mente<sup>20</sup>. De tal modo, empezar con una descripción o representación de un paisaje es siempre ya reconocer la cercanía y lejanía simultánea que expresa en su manifestación.

Pero si la imagen del paisaje es en verdad tanto un sentido de proximidad como también de distancia, entonces debe haber alguna forma de relación involucrada en nuestro estar expuesto a ella. Pues, no es simplemente el caso de que un paisaje sea algo inhospedable o inhabitable. Por el contrario, como Nancy bien menciona, un paisaje es “en cada caso el lugar –la esquina [*coin*]–desde el cual uno o alguien viene: el lugar de dónde uno vine, dónde uno nació o dónde uno vive<sup>21</sup>”. Un paisaje, entonces, aparece como el lugar mismo o el tomar lugar en el cual el mundo viene hacia nosotros o nosotros venimos hacia el mundo. Es el lugar o tomar lugar de nuestro nacimiento, vida, enfermedad, alegría, melancolía, desesperación y muerte. Todos estos eventos y encuentros toman lugar dentro o, mejor aún, *en* un paisaje. No hay sobredeterminación alguna de un paisaje que terminaría por restringir su apertura originaria. Desde luego, podemos ver que el uso de Nancy de la noción del paisaje le debe mucho al pensamiento fenomenológico de Martin Heidegger y su comprensión de la espacialidad existencial. Pues, en cierto modo, se trata, para Nancy, de pensar una noción de espacio previo a cualquier determinación óptica. Es decir, se trata de la posibilidad misma de pensar un espacio abierto, libre e indeterminado de forma más radical que cualquier otra concepción de espacialidad.

Para tratar de entender con mayor claridad la espacialidad existencial que Nancy quiere desarrollar con respecto al paisaje, tendremos que desarrollar la relación particular o el modo en que nos encontramos en un paisaje. Según Nancy, la relación que desarrollamos con el paisaje o país es uno de pertenencia. Sin embargo, esta pertenencia no es una simple pertenencia que remitiría a un entendimiento romántico o nostálgico de la comunidad –una noción que Nancy ha trabajado laboriosamente en deconstruir–. Para Nancy, se trata de entender una noción aporética de pertenencia que estaría en un punto de entremedio entre la actividad y pasividad. De tal modo, él escribe,

El país se manifiesta como algo basado en una pertenencia pero una pertenencia que solo puede venir de alguien que “pertenece” en la medida en que, y porque, él está relacionado con lo que él llama su “país”. “Pertenece” significa “atenerse a [*tenir à*]”, tanto en el sentido de “estar arraigado a” [*être attaché à*] y en el sentido de “tener una relación justa, pertinente” [*avoir un rapport juste, pertinent*]. “Mi país”, para mí, se trata de una manera de tenerla (yo la tengo a ella, ella me tiene a mí, ella se mantiene junta [*j’y tiens, il me tient, ça tient ensemble*]) y pertenencia (ella corresponde, ella responde, ella tiene sentido [*ça correspond, ça répond, ça fait sens*] al menos como resonancia<sup>22</sup>).

En este doble sentido de pertenencia –en la cual la noción misma de pertenencia es entendida como algo que yo hago como algo que me sucede a mí– parece estar

<sup>20</sup> J-L. Nancy, *Au fond des images*, Paris, Galilée, 2003, p. 103.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 104.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 104.



en juego un doble movimiento que, a la misma vez, me permite entender tanto el estar-en-casa como el no-estar-en-casa en un país. O, en otras palabras, se trata de un movimiento de pertinencia que es nada más y nada menos que el movimiento de la exapropiación<sup>23</sup> en la que ninguna alternativa (ya sea apropiación o expropiación) se expresan de manera clara o distinta. Al reconocer la tensión de la exapropiación, hemos entrado en un terreno totalmente alterado en el que semejante noción como la “apropiación o reapropiación absoluta” carece de validez alguna. Como Nancy mencionó al inicio de su ensayo, “Quizás no sea tan fácil desenredar lo propio como tal de todas sus apropiaciones, expropiaciones y depropiaciones, aunque no por ello puedan ser simplemente colapsados los unos a los otros<sup>24</sup>”. En otras palabras, estamos frente a frente con una lógica aporética y deconstructiva de la exapropiación como movimiento oscilante e indecible entre la apropiación y expropiación.

La equivocidad de la exapropiación que está en juego en el pertenecer a un país o un paisaje expone una problematicidad originaria que no describe simplemente el irse de casa y sentirse extrañado en un lugar desconocido. Aunque Nancy parece sugerir que la experiencia de la desorientación [*dépaysement*] ocurre principalmente cuando uno “se va” de la casa, yo creo que lo desconcertante y abrumador de ésta experiencia es que puede ocurrir hasta en los contextos más conocidos. Lo único necesario para que pueda tomar lugar la experiencia de la desorientación es un pequeño desliz o desplazamiento en el cual lo que en algún momento apareció como algo conocido o familiar se torna en algo extraño y desconocido —una definición clásica de lo que Freud describió como lo desconcertante [*das Unheimlich*]—. Por lo tanto, se trata de una experiencia fundamental de desorientación que puede ocurrir en cualquier momento. Cuando ocurre esto, entonces, como Nancy describe de forma bastante adecuada, “uno ya no sabe cómo reencontrarse, uno está sin reparos y sin costumbres<sup>25</sup> [*on ne s’y retrouve plus, on est sans repères et sans coutumes*]”. Al estar desorientado, estamos mayormente capacitados para pensar este sentido originario o primordial del pertenecer a un país o paisaje. En otras palabras, estamos frente a una experiencia del *despaisajamiento* [*dépaysagement*], que sería nuestra forma de traducir el neologismo de Lacoue-Labarthe que nos parece de suma relevancia para entender esta lógica de la exapropiación que informa nuestra perspectiva deconstructiva con respecto al pertenecer a un país o paisaje<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> Como habíamos mencionado anteriormente en el presente estudio, el uso de la palabra “exapropiación” proviene de los escritos del filósofo francés Jacques Derrida. En particular, nos referimos a su obra, J. Derrida, *Le monolingüisme de l’autre: ou la prothèse d’origine*, Paris, Galilée, 1996, en el cual desarrolla de manera clara y explícita la “lógica de la exapropiación”. Toda la problemática de Derrida se concentra en las cuestiones de lo propio y la propiedad. Se trata de entender lo que significa tanto *tener* una lengua, es decir, poseer la habilidad de expresarse en una lengua particular, como también la cuestión de *pertenecer* a una comunidad hablante —una comunidad ligada por su conexión lingüística y cultural—. Quizás la formulación más importante que hace Derrida en *Le monolingüisme de l’autre* (y que sirve para elucidar nuestro interés en el término “exapropiación”) es la siguiente: “Este discurso sobre la ex-apropiación de la lengua, o de forma más precisa la «marca», se abre a una política, a un derecho y a una ética” (p. 46).

<sup>24</sup> J-L. Nancy, *op.cit.*, p. 102.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 105.

<sup>26</sup> El filósofo francés Philippe Lacoue-Labarthe utiliza el término “*dépaysagement*” por primera vez en la recopilación de textos breves sobre el arte, Ph. Lacoue-Labarthe, *Écrits sur l’art*, Dijon, Les Presses du réel, 2009, en particular, la palabra aparece como título y tema en el breve ensayo, “Le *dépaysagement*”. En ese ensayo, Lacoue-Labarthe busca aproximarse a la exigencia expuesta por las fotografías de Thibaut Cuisset. Las obras de Cuisset están todas enfocadas en el paisaje como objeto fotográfico. De tal manera, Lacoue-Labarthe escribe: “Un paisaje es, por definición, la vista que ofrece o presenta un *pais* [*pays*], no en su determi-

Al rozar los límites de la desorientación que produce esta noción desconcertante del despaisaje, entramos en una serie de preguntas sumamente importantes: ¿Cómo puedo empezar a relacionarme con este país o paisaje que pensaba que era “mío”? ¿Cómo es posible hablar de pertenecer a un país o paisaje después de haber sido alborotado por la experiencia de exapropiación a través del despaisaje? ¿Cómo pensar el hecho de que, parafraseando la famosa frase de Derrida en *Monolingualismo del otro*, sólo tengo un país y, sin embargo, no es mío? Igual que el lenguaje no es un bien natural que pudiera ser absolutamente apropiado o reapropiado, el país o paisaje también aparece como una noción desprovisto de éstas características. Esta imposibilidad de establecer estas nociones como un bien natural tiene una importante consecuencia que expondría la violencia de la cual es capaz la lógica de la repatriación: una locura apropiadora que corre el riesgo de destruir la cosa misma que quiere reapropiar. Como mencionamos anteriormente, el intento de resucitar una noción romántico-nostálgica de la patria, corremos el riesgo de completamente destruir la noción de patria en cuanto tal.

Podemos, entonces, darnos cuenta de que la lógica de la exapropiación tiene como consecuencia exponernos a la noción misma de la analítica existencial. Según Nancy,

El país así entendido puede ser considerado como un existencial en el sentido de la analítica existencial. Y, sin embargo, esto no tiene nada que ver con algún nacionalismo o patriotismo, ni con la comunidad de un pueblo –dejemos constancia de esto para prevenir algún malentendido político<sup>27</sup>–.

La analítica existencial, entonces, nos permite profundizar nuestra relación y comprensión del estar o ser en un país. Sin embargo, esta analítica no se asemeja en nada a lo que entendemos por nacionalismo o patriotismo, ni siquiera como la comunidad de un pueblo. Nuestra manera de existir en un país ocurre como algo que no está sobredeterminada por estos discursos óticos. El profundizar en lo ontológico no es recibir garantías algunas como las que nos puede ofrecer los discursos políticos de hoy en día. Por el contrario, la profundidad ontológico con la que podemos indagar en nuestra existencia nos expone a esa expropiación, exilio o, como queremos sugerir, *expatriación* de la existencia en cuanto tal. Habiendo descrito el marco metodológico y teórico de la analítica existencial tal y como la desarrolla Nancy en su escrito sobre el paisaje, nos permitimos acercarnos al poema de Ossott, “Del país de la pena”, con nuevos ojos.

---

nación política o geopolítica, sino en un sentido más antiguo, más arcaico” (p. 249). Para Lacoue-Labarthe, la palabra “*dépaysagement*” sirve como una traducción de la experiencia expuesta por las fotografías de Cuisset, es decir, la experiencia primordial u originaria que Cuisset logra evocar en sus fotografías del paisaje. No se trata de aproximarse al paisaje como un objeto encapsulado y predeterminado sino de exponerse a la experiencia límite de la apertura misma del espacio y tiempo de residencia que aparece de manera ejemplar en un paisaje abandonado. Este enigma de la apertura y lo abierto del paisaje es precisamente lo que buscamos indagar en nuestro estudio de la lógica de la exapropiación. Aunque Lacoue-Labarthe nunca desarrollaría el término “*dépaysagement*” a su máxima potencialidad, nos parece que lo que él ha descrito en su breve ensayo sobre la obra fotográfica de Cuisset está íntimamente ligado al propósito del presente ensayo.

<sup>27</sup> J-L. Nancy, *op. cit.*, p. 105.

### 3. Una lectura existencial de “Del país de la pena” de Hanni Ossott

Hay que tomar en cuenta de que, para acercarse a la poesía de Hanni Ossott, debemos prestar atención a la manera en que ella misma describe su decir poético: “Escribir una memoria poética es diferente a una simple biografía intelectual. Se trata de una geografía del alma<sup>28</sup>”. En el presente ensayo, nos enfocaremos en *un* momento o, mejor dicho, un *lugar* en el universo poético descrito por Ossott y es el que tiene que ver con la *tierra*. Aunque Ossott se había enfocado de manera bastante intensa en lo que podríamos entender como la espacialidad en relación al decir poético en su poemario, *Espacios para decir lo mismo* (1974), la temática de la tierra y la patria no aparece de forma explícita sino hasta la publicación de *El reino donde la noche se abre* (1987).

Para entender la relación entre estos dos poemarios, deberíamos atender a la descripción que Ossott ofrece en su “Memoria poética”. Mientras que *Espacios para decir lo mismo* fue, como dice Ossott, “un libro fracasado, un libro que refleja una época<sup>29</sup>”, esto no quiere decir que la composición de ese texto no le dejó alguna enseñanza. De hecho, ella misma nos dice: “Maltrecho, este libro me enseñó que la literatura es emoción, pasión, no experimento<sup>30</sup>”. En esta etapa de transición, Ossott toma conciencia de su insatisfacción con la poesía experimental y busca un lenguaje poético más arraigado en el *pathos*, es decir, el afecto, esa disposición existencial que nos acompaña en cada experiencia. La poesía, según Ossott, nace del alma –*animus*– esa fuerza vital que sufre y padece pero que va resguardando todos los trazos y golpes de la existencia misma para poder así darles expresión en la hoja en blanco –el lienzo del poeta–. Con el poemario, *El reino donde la noche se abre*, Ossott expresa una madurez poética que está acompañado por un gran esfuerzo psíquico de la autora debido a sus experiencias en terapia. De tal modo, Ossott nos dice:

Las imágenes de la casa en disolución, de la locura, la guerra y el amor se removieron en mí gracias a esas sesiones. Un material psíquico oscuro e inconsciente surgió a la luz y se conformó en poesía. El título del libro, además de repetir el título de uno de los poemas, expresa la continuidad de lo que he venido trabajando, es decir, la noche y los suburbios del ser<sup>31</sup>.

En otras palabras, los poemas que se encuentran en este poemario provienen de un encuentro profundamente introspectivo e inconsciente de la autora.

Hanni Ossott introduce sus versos en “Del país de la pena” con un famoso verso del poema “The Waste Lands” [*Las tierras baldías*] compuesta por el poeta norteamericano T. S. Elliot: “I will show you fear in a handful of dust” [*Te enseñaré el miedo en un puñado de polvo*]. En cierto modo, el verso de Elliot sirve como una forma de poner en relieve el tono fundamental [*Grundstimmung*] de “Del país de la pena” debido a que esa misma sensación de desesperanza, desolación, desarraigo y destierro acompañarán los versos de Ossott. La desorientación sirve como un punto de inflexión metodológico que ayuda a elucidar lo que podríamos llamar el cuestionar ossottiano en este poema. De tal modo, la pregunta fundamental de Ossott en “Del país de la pena” sería, desde luego, ¿Quién soy? Con semejante pregunta, tan

<sup>28</sup> H. Ossott, *OC*, p. 1006.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 1018.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 1018.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 1024-5.

sencilla como desconcertante, Ossott logra consolidar una sensación de extrañeza y enajenamiento con una búsqueda desesperada de la identidad.

Si tomamos en serio la función del epígrafe en “Del país de la pena”, entonces tendríamos que observar que el *temor* juega un papel determinante en los primeros versos del poema:

Desde lo profundo y oscuro escucho y tiemblo  
Oigo lo profundo, lo oscuro, lo difícil  
las contradicciones, todos los polos opuestos  
las negruras, las blancuras, los intercambios  
como si lo blanco reuniera a lo negro  
como si lo negro reuniera a lo blanco<sup>32</sup>.

¿Quién soy? Se pregunta Ossott después de componer estos versos como si el temor revelaría algo esencial de su existencia. El verso que sigue la aparición de la pregunta fundamental nos indica un camino por el cual podemos vagar: “Primero una pena, luego el soportar”<sup>33</sup>.

El temor se une con la pena para así producir una especie de enunciado que caracteriza la analítica existencial de Ossott: soy pena, luego existo. La pena y el temor son las dos características determinantes del entendimiento ossottiano de la existencia en “Del país de la pena”. Entre estos dos afectos fundamentales, me encuentro arrojado al abismo del existir y el peso de la existencia aparece como la pena propia a mi finitud. En otras palabras, el temor es mi *pena* en el sentido de *condena*. El peso de mi existencia está constituido por el propio peso del temor con el que me encuentro con el mundo que me rodea. De tal forma, la herida de mi existencia –esa herida que, como bien mencionamos al inicio, es lo que me incita a escribir– aparece de forma contundente en la analítica existencial ossottiana. La herida es mi propia existencia en cuanto determinado fundamentalmente como *pena* y temor. Pero, quizás lo más desconcertante de esta herida de mi existencia es que nunca se cierra ni se cura. Por eso es que Ossott nos dice que primero una pena y luego el soportar debido a que la existencia es simplemente el soportar o la sobrevivencia de la herida de la existencia. De tal manera, la existencia queda como una herida abierta –marcando mi singularidad a través de una pasibilidad que no me permite ensimismarme–.

¿Qué tipo de consuelo me queda al enfrentarme con el peso de mi existencia, con esta herida que no cicatrizará y que me determina? Aquí vemos lo que podríamos llamar el pesimismo ossottiano. Frente al desarraigo que permea mi ser, Ossott no ofrece ningún paliativo. La pena es constitutivo del movimiento mismo de la existencia. El dolor viene del desgarrar propio de la existencia en sus movimientos estáticos. Por ende, no queda otro remedio para la poeta sino entregarse a la condena a través de un vagar errante sin camino determinado o garantizado. A través de esta experiencia de abandono, semejante al ser lanzado en el desierto, Ossott escribe: “Yo te he buscado para saber quién soy, / Y yo no sé quien soy”<sup>34</sup>.

Estos versos expresan una angustia que dicen: ¡Te busque, patria! ¡Te busque pero no te encontré! Aquí vemos como el pesimismo ossottiano con respecto a cual-

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 366.

<sup>33</sup> *Ibidem*.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 367.

quier identidad redentora termina por destruir todo proyecto de patria. La patria sería aquello que buscamos para saber quien somos pero en el cual seguimos vagando errantemente sin conseguir respuesta o consolación alguna. La patria nos ha abandonado como también nosotros hemos abandonado a la patria. En este mundo gris pintado por Ossott, la patria no sería, como quizás era cierto para Angulo y Mosca, aquella garantía absoluta de la identidad y pertenencia. Estos dos versos han obliterado semejante posibilidad. Tal es una de las primeras consecuencias de la analítica existencial de la expatriación de Ossott.

La aparición de la frase “del país de la pena” aparece en un momento decisivo del poema que tiene, sin lugar a dudas, un significado claro dentro de nuestra lectura de la analítica existencial de la expatriación. El verso dice lo siguiente: “Tú llegaste del país de la pena. ¿Adónde? ¿Adónde?”<sup>35</sup>.

En este verso, Ossott afirma la vagancia al cual está sometido el expatriado. El verso nos dice “Tú (pero, ¿qué tú?) llegaste del país de la pena –un país en donde el existir se ha convertido en una pena. La pregunta parece resonar como un eco– “¿Adónde? ¿Adónde?” –pues el país de la pena ha quedado vacío–. Todos se han ido. El expatriado ha perdido toda brújula, es decir, todo tipo de orientación en el espacio-tiempo de su existencia. De hecho, la desorientación nunca se sabe si viene de afuera o de adentro. Según la poética de Ossott, la sensación de extrañeza y enajenamiento proviene de lo desconcertante de todo lo que nos rodea. En el mundo ossottiano, no hay lugares familiares que pudieran librarnos de la sensación de desconcierto; sólo hay algunos sitios que aparecen y desaparecen como la luz de un relámpago. Los defensores de la lógica de la repatriación –es decir, los defensores de la patria– siempre querrán imputarle al extranjero (quien quizás sea otra forma del expatriado o apátrida) el cargo de desestabilizador para poder así contentarse en que el principio destructivo reside afuera de los márgenes de la patria. Sin embargo, hemos visto que lo desconcertante no reconoce fronteras ni líneas de demarcación sino que toma lugar en todo lugar. A veces el más enajenado está en el corazón mismo de la patria. Es de esta manera en que la analítica existencial de Ossott posibilita una aproximación a la lógica abismal de la expatriación que terminaría por destruir todas las nociones de “lo propio”, “lo nacional”, “lo autóctono” y “lo soberano”. Para el expatriado universal y potencial que somos todos nosotros, éstas nociones pierden su estabilidad y operan al nivel de lo fantasmático –lo cual no significa que hayan perdido toda su efectividad–.

Al momento de mayor intensidad de expatriación y desidentificación, Ossott introduce un cambio drástico en el poema al reintroducir una noción de identificación que, cabe notar, ha sido totalmente transformada: “¿Quién soy? Te fui a buscar / Pero fue en Venecia donde te vi”<sup>36</sup>.

Lo curioso de esta forma transformada de la identificación es que parece ser una noción tal que reconoce el momento de expatriación que la precede. En otras palabras, la identificación que se hace posible a través de un desplazamiento en el que se logra ver aquello que uno estaba buscando en otro lugar es una identificación que ha reconocido la expatriación como algo primario u originario. En este caso, la desidentificación en el corazón de la identificación tomaría lugar como la distancia (geográfica) que desplaza aquello que creemos ser propio. De esta manera, la expatriación

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 368.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 368.

permite establecer una distancia que permite otro tipo de relación con aquello que creemos propio o cercano a nosotros. Se puede encontrar a Venezuela en Venecia. No sé si *esto* es lo que soy pero sé que te vi en los ojos de otro. En este juego de desplazamiento tanto lo propio como lo otro se deconstruyen. Y esta deconstrucción está acompañada de la desistencia del expatriado que, escéptico de toda repatriación de la patria, se introduce en este juego de la identificación y desidentificación. Esta doble complicación que nos mantiene en permanente tensión es lo que caracterizaríamos como el *double bind* de la analítica existencial de la expatriación. En este caso, estaríamos frente a un expatriado que no se identificaría ni con Venecia ni con Venezuela pero que, a la misma vez, de forma indecible, difícil, inconsistente y devastador, se identifica tanto con Venecia como Venezuela<sup>37</sup>.

Y como la lógica de la expatriación que aparece en el poema de Ossott no remite a un origen puro o único, entonces Venecia –cuya conexión etimológica con Venezuela es bien conocida– es simplemente un nombre entre otros nombres de otros lugares con el cual el expatriado crea una especie de cadena de nombre que son insustituibles y singulares<sup>38</sup>. Ossott menciona los siguientes: Grecia, Alemania, Venezuela, Londres, Venecia, Egipto. Podríamos, incluso, injertar nuestra propia pena: Filadelfia, Roma, París, Madrid, Londres, Cádiz. Cada uno de estos nombres aparece como un destello de algo misterioso que produce un sentido de identificación y relación incluso cuando lo que hemos visto es sólo expatriación. Pero la posibilidad siempre permanece viva en Ossott, aunque la posibilidad siempre tiene que ser entendida como una posibilidad trágica, es decir, como una posibilidad posibilitada por la condena que pesa sobre mí y de la cual no me puedo librar. De tal modo, ella escribe:

¿Qué soy? Escucho algo en mí, una voz, quizás  
algo que quiere salir  
algo claro  
que ahora no entiendo, que rumorea<sup>39</sup>.

<sup>37</sup> El movimiento tenso de identificación y desidentificación permite una visualización más concreta de lo que hemos estado llamando la expatriación y repatriación. Si volvemos de manera breve a lo que mencionamos brevemente en otro pie de página sobre Derrida y el monolingüismo del otro, entonces se trataría de reconocer que encontrarse entre estos dos polos es encontrarse en una situación difícil sino imposible. La desistencia del expatriado se debe al reconocimiento de la extrañeza y distancia a lo supuestamente “propio”. Aquí vale un punto de clarificación: el expatriado es arrojado a este *double bind* en el que la falta de responsabilidad a una de las demandas (ya sea a Venezuela o Venecia) es indudable. Uno no puede responder por ninguna en absoluto y sin embargo tiene que responder tanto a una como a la otra. Otra descripción de este *double bind* que pueda servir de ayuda para el presente ensayo sería la de Reiner Schürmann en *Des hégémonies brisées*, Mauvezin, Trans-Europ-Repress, 1996, particularmente la introducción y conclusión.

<sup>38</sup> Aunque no podamos desarrollar este pensamiento en toda su complejidad en el presente ensayo, habría que notar la posible conexión entre la lógica de sustitución que aparece en el poema de Ossott y el análisis teórico desarrollado por Derrida sobre el nombre y la manera en que éste puede sustituir al “nombre propio”. Recordemos que en el ensayo “*Sauf le nom*”, Derrida utiliza la noción del “sobrenombre” para buscar una manera de articular toda una lógica del nombre y su carácter irremplazable. Para Derrida, el sobrenombre puede funcionar como una manera de “salvar” o “guardar” el nombre, como bien indica el título del ensayo. Mientras que el contexto de “*Sauf le nom*” pertenece a una discusión sobre la teología negativa, podríamos preguntarnos: ¿Acaso no hay una lógica de reapropiación en el intento de consolidar el nombre propio de la patria frente a otra lógica, interruptora, que busca reconocer la expatriación incesante que está en juego en toda nominación, en especial el sobrenombre? ¿Cómo quedaría alterada nuestra concepción del nombre de la patria si pudiéramos extender la lógica de la expatriación al lenguaje? Éstas son preguntas extremadamente afines al presente ensayo pero que tendremos que dejar de lado para un futuro proyecto.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 371.

Este algo desconocido e incomprensible que aparece quizás como un rumor secreto –quizás incluso como un llamado del ser– es lo que Ossott dice que hay que cuidar [*Sorge*]. El nombre singular e intercambiable pero, a la vez, iterable de estos lugares que se han diseminado y dispersado son todos señales o indicios de una posible patria –una patria por venir– que hay que cuidar ya no porque simbolizan el nexo con el origen simple o perdido sino, al contrario, debido a que expresan ese recuerdo inmemorial de un origen no-simple, es decir, el entrelazamiento de una lógica de la expatriación con la repatriación.

En este punto más intenso de reflexión poética, los compiladores Angulo y Gómez nos han dejado sin mayores posibilidades de indagar en “Del país de la pena” debido a que sólo reprodujeron un fragmento de ese poema. No podemos saber si la decisión de tomar sólo un fragmento del poema de Ossott fue por razones editoriales o teóricas. Pero tampoco éste sería el espacio en donde ponerse a especular sobre ello. Para tratar de ofrecer alguna conclusión a este ensayo, volveré a la analítica existencial de Nancy. De tal manera, podremos acercarnos aún más a la lógica de la expatriación en Ossott.

#### 4. Conclusión: Hacia un posible país de los expatriados por venir

Siguiendo tanto los escritos filosóficos de Nancy como el poema de Ossott, hemos llegado al punto de quiebre para toda lógica de la repatriación. Todo intento por reapropiar y reclamar lo propio ha quedado suspendido sobre un abismo infinito. Esta locura apropiadora siempre buscará imponer su violencia sobre aquello que supuestamente le pertenece. Sin embargo, hemos visto como todas estas nociones son transformadas a través de su deconstrucción y que el expatriado seguirá vagando errantemente, aunque con una ligera sonrisa pícaro de que los intentos por reapropiar siempre fallarán. Los intentos, por ejemplo, de Angulo y Gómez quedaron expuestas a una lógica de la expatriación que las precede y excede. Sus intentos por domar el poema de Ossott y el oscuro material psíquico que logró articularlo reveló las limitaciones de toda lógica de la repatriación, todo intento por recuperar una noción romántico-nostálgico de la patria. Si queremos pensar este espacio de la exapropiación, despaisaje o expatriación, en el que toda propiedad está sometida a un desplazamiento y dispersión de cualquier referente supremo que busque administrarlo, Nancy nos dice:

Para que esta situación [*ce dispositif*] esté en lugar, es necesaria una condición originadora: un ausentar de toda presencia que guardaría para sí misma una autoridad o capacidad de sentido [*un absentement de toute présence qui détiendrait pour elle-même une autorité ou une capacité de sens*]. Esto significa que el paisaje no puede ser ni teológico ni político, ni económico ni moral<sup>40</sup>.

En este ausentarse de la presencia en que estamos expuestos a algo desconocido [*inconnu*] que no corresponde a nuestra experiencia cotidiana de pensar, estamos frente a frente con la profundidad existencial u ontológica de la existencia. Es justo en ese momento en el que perdemos toda noción de sentido y autoridad, de presencia

<sup>40</sup> J-L. Nancy, *op. cit.*, p. 113.

y claridad, que podamos relacionarnos con esa dislocación que somos —esa falta excesiva o ese exceso que falta— y que condiciona nuestro entendimiento del ser.

Ahora que hemos llegado al punto de mayor intensidad de la analítica existencial del expatriado, podemos atestar de que hay una noción de afirmación y hasta *jouissance* en la pena o condena de aquel vagante al que le ha tocado deambular por sitios desconocidos. Aunque la experiencia del expatriado es uno de exapropiación, cabe destacar que esta noción no se reduce a un significado meramente negativo sino que indica la imposibilidad de una apropiación absoluta como también la posibilidad de otra relación. Recordemos el ejemplo que da Derrida de su relación con la lengua francesa: a pesar de que el francés es la única lengua que conoce y, sin embargo, no es suya, eso no lo inhibe de vivir otra relación con esa lengua. Del mismo modo, podríamos decir: el país o paisaje es algo que nunca será completamente mío y, sin embargo, estoy *en* ello y debo buscar la manera de vivir en ello. Mirando hacia el horizonte después de ser arrojado entre el conflicto de la exapropiación, despaisaje y expatriación, es posible ver el paisaje y la patria con otros ojos. Sin destino, comienzo o final, otro país y paisaje se abre en el horizonte. Quizás se trate del *país de los expatriados* [*le pays de dépayés*], es decir, un espacio abierto y libre en el que hay tanto una apertura como una generosidad que nos invita a vivir frente a un desconcierto originario al que buscamos cuidar. De una forma extraña, si se pierde toda distancia con el país o el paisaje, entonces se perdería toda proximidad. Sería mejor, entonces, reconocer este desconcierto originario en la experiencia del despaisaje o expatriación como un recuerdo inmemorial de que nuestro ser-con-otros está siempre abierta a una exapropiación que, de cierta forma, sirve como un principio de hospitalidad. Nuestro futuro, es decir, el futuro de la conceptualización de América Latina, depende de pensar esta extranjería que nos acompaña y puede ayudar a situarnos de manera decisiva en el momento histórico en el que nos encontramos.